

Julio Ndareje Garduño García

Ra-Jyasu



Sobre el autor.

Ndareje, trabajador migrante y lector disléxico, de 30 años. Autor de la micro novela Dulce de maní y relatos cortos como Menzeje, Xoñijomui y Fenamefi. Comprometido con su pueblo Mazahua (Jñatjo en su propia lengua), se ha desempeñado como promotor cultural desde 1999, con su trabajo fotográfico en la Monografía Municipal de Temascalcingo bajo el sello del Instituto Mexiquense de Cultura. Participó durante varios años en el equipo de Jyasu, periódico bilingüe español/jñatjo. Trabajador industrial desde muy joven momento en expresó su creatividad en la dirección de talleres de formación sindical. Cuenta con estudios en Derecho por la Universidad Autónoma del Estado de México. Actualmente vive en Montevideo, Uruguay, compartiendo su tiempo entre la promotoría cultural, la lectura y el desempeño de diversos oficios.

Ra Jyasu

Por Julio Ndareje Garduño García

“Tú has querido negar mi existencia
Yo no niego la tuya, pero yo existo.”

Julio Garduño Cervantes.
Soy Mazahua,

I

Cortando el año por la mitad, un día de sueños y tristezas Mario se fue al pueblo. Guitarra y mochila al hombro caminó hasta el fondo del autobús, por un instante se alegró que estuviera casi vacío. Tal vez imaginó sentirse triunfal pero más bien parecía cansado. Un viaje en nada parecido a los anteriores. Sentándose tranquilamente dejó a un lado su mochila, empuñó su armónica dorada y acercó su guitarra para abrazarla.

—¿Esa película es la misma que vi con la Fabi? —Las pantallas del autobús con destino a San Miguel mostraban un filme del año anterior. —Claro, sale el mismo gringo, y la protagonista es la clásica superviviente. Según que fue la distopía más vista en el 2017.

Acarició la cicatriz de su ceja, sonrió un poco sin mostrar sus dientes dispares.

—La Fabi se duerme en el cine, me lo dijo después de comprar las entradas, no le creí hasta que roncaba. Ya sé de que trata dijo la morra. Entre la Clarita y la Fabi se terminaron las palomitas, ella se acomodó en mi hombro y empezó a roncar. Ese día estuvo chingón. Nos quedamos de ver a fuera del mercado de Sonora. No sabíamos por qué Clarita nos dijo que ahí.

Esa tarde de diciembre Clara llevaba una camisa bastante holgada color azul a cuadros y una camiseta color verde olivo que en nada combinaban con las dos bolsas de malla plástica color rosa.

—Llegó cargando sus bolsotas de mandado, y que le pregunto si era su costumbre hacerse una limpia o comprar el mandado antes de ir al cine. La Clarita me soltó un madrazo en el hombro. Dijo que no traía varo para pagar su entrada y se trajo unos kilos de aguacate para hacer un trueque por dulces para el cine. El señor de la tienda nos dijo orale jóvenes, agarren lo que gusten y ya hacemos cuentas. Yo agarré papas y no sé cuanta cosa más, la Clarita refrescos y dulces, la Fabi agarró un bote de pimienta. De ahí nos fuimos caminando hasta el cine.

El autobús se puso en marcha, la película mostraba un mundo posapocalíptico donde la protagonista parecía dominar las reglas más

básicas de supervivencia ante un escenario de destrucción y caos. Mario bajó la mirada abrazando más fuerte su guitarra.

—Que película tan estúpida, del recuerdo nomás me dan ganas de chillar. Esas no son distopías. Distopías las que vivimos, como dijo el Juancho cuando nos juntamos unos días después en el Chopo. Ese día también estuvo chingón.

Rascó su nuca e inclinó su cabeza rosando el mástil de la guitarra. Pensaba en el primer sábado de diciembre, casi seis meses atrás, cuando el microbús arrancó en el momento preciso, agitados él y Juancho subieron guitarra en mano.

—Buenas tardes bandita. —Mario comenzó a tocar. —Con permiso del chófer les vamos a alegrar un poco la tarde, esperamos que esta rolita sea de su agrado.

—Hoy me levanté, mis ojos se aclararon. —Comenzó a cantar Juancho con su voz reseca y agitada. —Hoy planté una milpa en una llanta vieja de mi barrio. Aunque todo, todo se caiga, alrededor. Yo te veo al centro cómo un cañon.

—Esta medicina se toma a cucharadas, de palabras venenosas que normalmente no se hablan y se enjuaga con chile, con chela, mezcal y tequila cuando muevo el cuerpo, con la flor de tu poesía.

Ambos confundieron el orden de la letra, pocas veces tocaban algo de Lila Downs, y repetían el mismo acorde. Juancho improvisó sin dejar de tocar.

—Pues en todos lados se encuentran palabras venenosas bandita. La verdad es que veníamos tocando como siempre le hacemos. Acá, tratando de ganarnos unos pesos honestamente para pagar los gastos de la escuela. Y cuando nos bajamos del otro pesero, ahora si que nos cae una mafia, que dice que controla esta ruta. Pues no se vale bandita. Queríamos hablar pero se nos fueron encima y pues gracias al chófer que nos dio permiso de aventar un palomazo, pues nos salvamos de unos cates. Un aplauso bandita, para el chófer que deja tocar música chida. —Las personas comenzaron a aplaudir, Juancho acomodó su cabello negro con un movimiento de cabeza que indicaba a Mario tocar otra canción. —Eso bandita, muchas gracias.

—Cámaras bandita, les va algo nuevo del rock urbano. —Mario comenzó un acorde nuevo. —Después seguimos con las complacencias, también tenemos repertorio de banda, cumbia, norteña. De lo que gusten bandita. Esto es *Forjando sueños* de Karatula.

Algo inquieto Mario acomodó sus rodillas sobre el asiento delantero, dejó su guitarra a un lado para mirar por la ventana. Recordó el juego de contradecir las noticias. En la primera cita con Fabiola vieron un reportaje sobre el tiempo que pasa una persona en el transporte

público de la Ciudad de México. Ambos viajaban casi una hora para estudiar en la ciudad. La noticia daba propuestas para aprovechar las horas perdidas. Fabiola comenzó a leer de su celular las propuestas de la nota.

—Organizar el trabajo o tareas pendientes. —Reía acomodando su cabello negro, largo y enmarañado. —Como si en el pinche pesero hubiera espacio para ponerte a hacer la tarea. Que no me chinguen.

—Es para decirle a algún cabrón, con permiso pon el lomo que me falta hacer mi tarea, y todavía falta que el wey se ponga.

—La otra, la otra. Aquí está la tuya, dice que dormir es una buena alternativa para aprovechar el tiempo.

—Que no mamen, sales bien arregladito y cuando bajas del pesero o del metro parece que saliste del antro. Con ojeras, todo despeinado, con el uniforme que se mató planchando tu jefa todo arrugado y todavía ni llegas al CONA. Ah, chale.

—Sí, con el maquillaje corrido y todo. Dos que tres veces a la semana llego así a la prepa. Te va la otra. Ponerse a meditar y no pensar en nada. Dice que no es bueno escuchar música.

—No, pues ahí si la cagaron. La cabezota te revienta si no escuchas música, imagínate salir todo cansado de la escuela o el trabajo y ponerte a pensar en lo culera que es la vida. Yo por eso les receto unas canciones chingonas para que se la lleven más tranquilos. Para que se animen y sueñen despiertos aunque sea un ratito.

Mirando por la ventana el correr de los autos, pensaba en otra cita con Fabiola el último domingo de agosto del año anterior. Paseaban por la alameda central, ella se sintió algo incómoda cuando saludaron a los conocidos de él, la mayoría albañiles como lo fue el padre de Mario. Continuaron explorando un poco, caminando entre calles multicolores con la característica aura gris en esa zona de la ciudad, Fabiola andaba encorvada pareciendo más pequeña que Mario. Dieron con el Barrio Chino, ella estaba emocionada al ver los globos rojos de papel y los puestos ambulantes de madera que vendían galletas de la suerte. Caminaron por la única calle de aquel barrio hasta llegar a una puerta de dos columnas y tejas pequeñas, custodiada por figuras de piedra que parecían tigres enojados. Ambos se tomaron una fotografiá y regresaron por el mismo camino. Intentaron entrar a un café para mirar, pero una persona que salía por la puerta les habló en tono despectivo.

—¿A dónde?, chamacos.

—Vamos a ver como es por dentro. —Dijo Mario tratando de sonar persuasivo.

—Es para clientes. —Replicó el extraño.

—Traemos lana jefe.

—Pásenle.

—Nel. —Mario sintió a Fabiola sujetarlo del brazo, y miró cómo el rubor invadía su bella piel color de la noche. —Vamonos,

esta madre no es china, se le ve en toda la cara a éste wey que es un fifi de Polanco.

Se conocieron al final del cuarto semestre en el CONALEP, los presentó Clara una tarde de abril. Ella comentó que su amiga participaría en un concurso de danza, en ese momento Fabiola lo invitó por cortesía. Poco después encontró a Fabiola en un microbús, ella viajaba sentada casi a la mitad y le sonreía al verlo dirigirse a los pasajeros.

—Buenas tardes bandita. Con el permiso de ustedes venimos a alegrarles un poquito el viaje. —Mario se emocionó al ver la enorme sonrisa de Fabiola que alumbraba la tarde color gris. Con un gesto indicó a Juancho que cambiaría de acorde. —Vamos primero con una de prueba y ya después vienen las complacencias, traemos de todo, rock, cumbia, norteña, de lo que gusten bandita. Ahí les va, una de Marco Antonio... Morenita yo te estoy, queriendo tanto...

Ruborizado Mario sonreía recordando a Fabiola cubrir su rostro de emoción. Poco después fue al concurso de ella, al final todos los participantes se presentaron en el escenario y Mario aprovechó el momento para subir con su guitarra en la espalda, al encontrar a Fabiola le entregó un girasol algo maltratado y ambos se besaron. Después de eso salieron con frecuencia, algunas veces ella lo invitaba a fiestas en su barrio, siendo tal vez el único en las fiestas que

bailaba cumbia, sonidero y chuntaro cargando una guitarra descolorida y llena de stickers. El recuerdo era grato, incluso cuando terminaron fue en el tono comprensivo y agradable como su corta relación.

Mario intentaba no mirar las pantallas del autobús, mantenía la mirada baja. El autobús saltó un bache y le hizo recordar el terremoto del 19 de septiembre. Aquella vez bajó con miedo y algo desorientado del microbús a unas cuadras de su antigua casa, nunca había vivido uno de tal intensidad. Miró a su alrededor, y vio salir a las personas de casas y edificios. Un estruendo lejano contrastó con los sonidos de las personas que corrían, el viscoso ruido del concreto, metales, vidrios y las alarmas de los autos. Al detenerse el terremoto un extraño silencio invadió la ciudad, nada se movía y las alarmas de los autos pasaban a una frecuencia insonora, algunos dijeron que podría haberse derrumbado un edificio de oficinas o el centro comercial. Virginia, su madre, trabajaba el turno nocturno en las oficinas y seguramente estaría en su casa, intentó llamarla pero no tenía señal en su celular. Corrió hasta llegar a su casa donde la encontró angustiada intentando llamarle por teléfono.

Después de un rato fueron a ver la causa del estruendo que ambos escucharon. La zona estaba acordonada por policías y militares. De ella salía una cadena humana formada por decenas de personas que

retiraban escombros y acercaban material de rescate. Encontraron a tres jóvenes cubiertos de polvo sentados cerca del siniestro. De primera vista parecían sobrevivientes. Virginia reconoció a uno de ellos, era un tipo bastante bajito que llevaba una gorra roja con la visera hacia atrás, aquel hombre trabajaba limpiando vidrios en un cruce cercano. Ella se acercó para preguntar que había pasado.

—Cuando empezó a temblar, pues no le voy a mentir, si me daba algo de miedo y tenía ganas de irme a mi chante, pero escuchamos el tronido de cuando se cayó el super y dije no mames, disculpe la palabra jefecita, pues si no vamos a ayudar, la gente que está ahí atorada tampoco se va a ir a su chante. —Dijo el de la gorra.

—Todavía han de haber otros, nosotros encontramos al primer muerto. —Agregó otro de los chicos. —Era un señor grandote, no sé si era viejo o no, estaba todo blanco por el polvo de los escombros. Le sacamos de encima unas láminas y mi valedor le jalaba la mano pero no se movía, y no respondía el cabrón, sacamos otras láminas, y vimos que estaba aplastado por la panza con una viga de metal. Ya se había muerto el señor. En eso, que nos dimos cuenta que estaba una cajera aplastada por una de esas madres, no sé como se llaman.

—Repisas wey. —Replicó el tipo bajito, tamborileando sus uñas sucias sobre un envase de cerveza. —Fue una de las primeras que sacamos y se la llevó la ambulancia.

—Sacamos a un buen más cuando se dejaron caer todos los vecinos.

Más tarde Virginia regresó al lugar para compartir una olla de café con los voluntarios, Mario permaneció hasta la noche en el lugar ayudando. Al día siguiente él y Clara se sumaron a la colecta que realizaban en su escuela, los vecinos apoyaron donando alimentos y medicinas. Al finalizar la jornada ambos fueron con la comitiva que dejaría la colecta en una de las zonas más afectadas de la ciudad. Se encontraron con estudiantes de otras preparatorias que emprendían iniciativas similares. El grupo de Mario era el único que portaba camisetas de su uniforme escolar, eso motivó expectación entre los que estaban, se acercaron a felicitarlos y tomarse fotografías con ellos. Al final, la comitiva de su escuela se retiró junto a la mayoría de académicos y estudiantes. Mario y Clara se quedaron para ordenar las cajas de comestibles, ayudando a algunos pocos estudiantes de otras escuelas.

—Muy buen trabajo chavos. —Dijo con tono emocionado un chico de camisa blanca doblada al antebrazo, pantalón color caqui y lentes *Arnette*. —¿Qué les parece si cuando terminemos vamos todos por algo de comer?

—Ya es tarde, si quieren vamos a mi casa, es en Polanco, no habrá nadie hasta la noche. —Dijo una chica de cabello castaño.

—¿Qué dicen chavos? —Preguntó el chico de camisa blanca.

—Vamos. —Respondió la mayoría de estudiantes, mientras Clara y Mario acomodaban el último par de cajas.

—Muchas gracias por ayudar, es muy *cute*. ¿Podrían avisar al comité de vecinos que ya terminamos?, acá los esperamos. —Dijo la chica de cabello castaño guiñando un ojo a Clara.

—Sí, deja le digo a mi amigo que me acompañe.

Al regresar un par de minutos después, nadie los esperaba. Mario volvió a abrazar su guitarra pensando en lo molesto que estuvo durante días y la conversación con su madre poco tiempo después. Cuando llegó Virginia él la esperaba mirando el televisor.

—¿Qué haces despierto a ésta hora? —Preguntó Virginia antes de cerrar la puerta. Pasaba de la media noche, Mario se levantó del sillón y se acercó para ayudarla con las bolsas de comestibles que llevaba. Ella cerró la puerta y caminó unos pocos pasos hasta la cocina.

—Aquí nomás, esperándola jefa.

—Todavía esta la comida que te dejé. ¿No has comido nada?, me preocupa que no comes, tiene meses que casi no comes, ¿Que te pasa? —Virginia se sentó y sirvió leche en un vaso.

—No me pasa nada jefa. —Mario se recargó en el marco de la puerta, junto al refrigerador que tenía encima una estatua de yeso con forma de caballo.

—A mí no me engañas, ¿Qué tienes? —Virginia cerró sus ojos y pasó sus manos por su cabello. —Andale toma aunque sea un poco de leche, traje pan por si quieres comer.

—Gracias jefa. —Mario se sentó frente a Virginia mirándola indeciso. —Soñé que andaba por una calle inundada, agarrando mi guitarra en medio de mucha agua, toda sucia, y yo peleaba para que no me llevara.

—¿Cuándo soñaste eso? —Virginia abrió los ojos y bebió un sorbo de leche.

—Pues ayer en la noche jefa. Nomás que no es la primera vez, ya tiene tiempo. Aunque sueño cosas diferentes. A veces me caigo a un alcantarilla.

—Tu abuela dice que eso quiere decir problemas, cuando uno sueña con el agua toda revolcada. —Cortó un pedazo de pan y bebió otro sorbo de leche. —Tú no te preocupes, con esfuerzo se sale adelante, aunque a veces, por más que trabaje uno siempre se vive al día. Por eso es importante estudiar, no quiero que acabes cómo yo limpiando baños y oficinas. No tuve la oportunidad de estudiar y mírame.

—Eso ya lo sé jefa, nomás que siento como que no encajo en ningún lado, cómo que todo el mundo está en contra. —Mario acercó su guitarra y la puso sobre sus piernas.

—Me preocupa que a veces no pongas los pies en la tierra, en la vida se tiene que trabajar. Viste que al principio no me querías decir que andabas cantando en los peseros. Me enteré cuando te caíste de uno y te abriste la ceja. —Virginia sonrió con sus labios delgados. —Es bueno que te ganes unas monedas, nomás tienes que

echarle más ganas a la escuela que ahí está tu futuro mijo. Se va saliendo adelante de a poco. No me gusta sacar dinero de la tarjeta pero ayuda algo con los gastos de la casa, lo importante es que no nos falte nada. Tú no te desanimes, es cosa de echarle ganas, andale sírvete un vaso de leche y vete a dormir que mañana tienes escuela.

Mario levantó la mirada y vio de nuevo la película, la protagonista después de rechazar la propuesta de su mentor reconsideraba salir a la aventura. Volvió a pensar en el cine, durante esa misma escena él abrió una bolsa de papas, Fabiola vació una poca de pimienta, luego otro poco más.

—¿Ya te dije que me gusta la pimienta? —Murmuró Fabiola.

—Esas ya traen pimienta, te hubieras traído una salsa. —Dijo

Mario sonriendo.

—Vamos a ver a que saben.

Fabiola comió varias papas y comenzó a estornudar sin parar. Salió de la sala casi corriendo y él fue a buscarla. La encontró hecha un mar de lagrimas y mocos, pero ya había dejado de estornudar. Cuando lo vio comenzó a reír, él se acercó y acomodó por detrás de sus pequeñas orejas el cabello enmarañado.

—Chale, hubieras traído una salsa. Te ves linda, no te doy un beso porque sabes a mocos.

—Cálmate princeso, que a ti luego se te olvida lavarte los dientes. —Limpió su nariz redonda y pequeña, después comenzó a reír. —Te va a pasar cómo a mi papá, le sacaron cuatro muelas, eran tres, pero el dentista se equivocó. Pinches dentistas.

—Pero tú quieres ser dentista, ¿no?

—Sí, porque de todos modos le tuvimos que pagar.

—Hablando de pagar. ¿Tú sabes de dónde sacó los aguacates la Clarita?

—Se los trajo de su casa. Su familia es de Michoacán, dice que allá los criminales o la policía o los narcos llegan y tiran los árboles de aguacate que tiene sembrada la gente en sus casas, dicen que porque son cultivos ilegales. Entonces uno de sus tíos se los trae y acá los venden o los cambian por otras cosas.

—No, pues esta cabrón. Hay que buscarle la manera, aparte el kilo de aguacate bien caro, ves que hasta de eso hacen memes.

—Te cambio mi *smartphone* por un kilo de aguacate.

—Ah, chale.

II

Para Mario el sentido del humor de Fabiola era lo más hermoso de ella. Tal vez lo que más extrañaba era su forma de abrazarlo, él parecía derretirse cuando ella rascaba como a un gato su espalda. Abrazó su guitarra tratando de recordar las veces que pudo perderse en el universo de su piel. Habían pasado meses desde que terminaron. En el autobús Mario contemplaba los edificios de una de las zonas más exclusivas de la ciudad. Pensó en Juancho, a ellos les encantaba viajar por la ciudad, aunque nunca visitaron lugares como ese. Parecía apenado por no haberlo visto una última vez. Lo recordó cuando llevaba un extraño sombrero negro aquel funesto sábado de diciembre.

—¿Qué onda Juancho?, ¿y ese sombrero culero que pedo?

—¿No te gusta mi sombrero?, es un sombrero metalero como el de Slash.

—No mames wey, el sombrero de Slash es uno de copa como el de los magos, esta madre es como el de Chaplin. No sé como se llama tu chingadera.

—Ah caray, simón, simón, entonces es un bombín metalero como el de Chaplin wey. —Recorrieron los puestos ambulantes, las canciones de rock clásico, nacional y metal se mezclaban con el

bullicio de las personas. Mario se detuvo frente a un puesto de zapatos. —¿Qué vas a comprar?

—Unos zapatos de mujer. —Respondió Mario algo abrumado.

—¿Y tú para que quieres unos zapatos de mujer?

—Son para mi jefa pendejo, acaba de comprar varias cosas para la casa. Yo le dije que no se volviera a endeudar, pero ni pedo, se tiene que comprar lo que haga falta.

—Dejala wey, a veces no hay de otra.

—Pues sí carnalito, pero se mata mucho trabajando y llega bien cansada porque siempre hace horas extra. Ya ni tiene zapatos, mira estos se ven cómodos. Oiga don. ¿Cuánto cuestan estos?

—Docientos varos joven. —Respondió el vendedor.

—¿Es lo menos? —Regateó Mario considerando que equivalía a tres días cantando.

—Ya es lo menos joven, te estoy haciendo precio.

—Esta bien don, me los llevo en talla veintidós. —
Recorrieron algunos puestos más. Mario se detuvo e hincó para poder guardar en su mochila los zapatos, se levantó acomodando en su espalda la mochila y su guitarra. —Me gusta un chingo el tianguis puedes encontrar de todo.

—¿Esta madre?, no, Mario. Esta madre se esta cayendo a pedazos, todo es venta, el trueque ya casi ni existe. No sabes nada carnalito. ¿A poco no te había contado?

—¿Qué cosa? —Mario sabía lo que diría su amigo, le fascinaba escuchar esa historia.

—La historia del Chopo wey. Nació en los ochentas, costó sangre y golpes que esto se mantuviera. Estuvo clandestino unos años después de que lo desalojaron, ya a finales de los ochentas salió de nuevo a las calles, y desde ahí se ha mantenido. Es una rebelión contra lo impuesto, el espíritu de la contra cultura de México, del ska, del punk, del metal y el rock. Todas las expresiones alternativas, subalternas y subterráneas están acá. Antes venían a intercambiar discos, fanzines, películas y ropa, hoy es todo venta wey.

—¿Cómo sabes todo eso? —Preguntó emocionado Mario.

—Porque mi jefa vende quesadillas y garnachas, acá en el tianguis desde hace años. ¿Que onda Mario?, ¿vamos por una quesadilla con mi jefa?

—Simón carnal. —Caminaron hasta encontrar a doña Susana, madre de Juancho.

—Hola má. ¿Te acuerdas del Mario?

Después de comer ambos fueron en dirección a su barrio. Ellos eran vecinos desde pequeños, entraron a la misma secundaria en la Ciudad de México, el año en que la abuela Lencha regresó a vivir al pueblo.

Miraba por la ventana del autobús las montañas a un costado de la carretera, recordó a su abuela y el viaje al pueblo pocos días después

del funesto sábado de Diciembre. Mario sostenía la guitarra con una mano y pasó la palma de su otra mano por su cabello hasta detenerla en su nuca. Era la misma ruta aunque la sensación era distinta y el clima también. Cuando bajó en el pueblo debía caminar casi media hora para llegar. Caminaba despacio redescubriendo el lugar, habían pasado años de su última visita al pequeño pueblo del que nacen las montañas. El pasto seco y la tierra amarillenta le daban un aspecto de ocaso a cualquier hora del día, las casas eran diversas algunas de dos o tres pisos, la mayoría sin pintura en las fachadas, y otras de colores desgastados por la inclemencia del tiempo y abandono. Mario bajó una ladera caminando a la orilla de una carretera que antes no estaba pavimentada. Miró hacia atrás y vio una camioneta vieja color rojo que reconoció al instante. Saludó con una mano y la camioneta se detuvo.

—Pero que milagro morro. ¿Cuanto tiempo sin vernos? — Desde el interior hablaba un joven de la edad de Mario, de rostro radiante pero serio. Llevaba una camisa de seda con una águila dorada en el hombro, lentes negros y cabello corto. —¿Qué haces ahí?, súbete. ¿Vas para la casa de la Abuela?, pasé a verla hace un rato y a que me hiciera una limpia.

—Simón. —Mario subió a la camioneta y le dio la mano, aquel le contestó con un apretón bastante fuerte. —La última vez que te vi fue en el sepelio del abuelo, hace como tres años. ¿Sigues en El Paso?

—Con toda la familia primo, trabajando como siempre. Venimos seguido, todavía tenemos el taller acá, pero pasamos más tiempo en el norte. Acá no hay vida, ¿qué no?

—Pero allá hay puros muertos.

—No es como lo pintan, sí está algo peligroso. ¿Apoco en tu barrio no matan?

—También es pesada la cosa. Pero acá es más pacífico, ¿no?

—Pues no te creas, en todos lados está difícil, pero hay que buscarle la vuelta para no meterse en problemas y vivir aunque sea un poquito, ¿qué no?

—Eso sí, y ¿de que es ese control?, ¿todavía juegas con cochecitos? —Mario señaló sobre el tablero de la camioneta, era un control de color blanco con dos antenas y una pantalla en el centro.

—Vas a ver al rato en la fiesta, es un juguete que traje de El Paso. Ya llegamos. ¿Entonces qué, vengo por ti antes de ir a la víspera?

Mario vio a su abuela parada junto al marco de la puerta. Él se acercó despacio, la abuela Lencha seguía inmóvil y pensativa. Los pies descalzos de ella parecían raíces que sobresalen de la tierra, sus enaguas azules ondeaban ligeramente por la brisa fría de invierno. Su quizquemel color negro era más que un abrigo, era un dialogo con la historia y el tiempo, el fondo negro como la extensión del universo portaba flores amarillas y rojas, los venados levantaban sus astas en

admiración del sol. Mario se detuvo contemplando las trenzas canas que reposaban sobre sus hombros, los caminos de los migrantes mazahuas tatuados en su rostro rojizo del color del barro, y sus ojos brillantes cubiertos de lagrimas. La abuela Lencha le tendió la mano y él la saludó apenas tocando. Ella había vivido algunos años cuidando de él. Llegó a ayudar a su hija poco después del accidente donde murió Antonio el padre de Mario. Aquel hombre fue albañil y aficionado a la música nortea, compró una guitarra pero nunca aprendió a tocar bien.

—*Jyasmi Male*. —Dijo en mazahua Mario, ¿hola abuela, como amaneció?

—*Najo, Najo*. —Muy bien, respondió la abuela Lencha sin soltar la mano de Mario, secando sus lagrimas con la manga de su blusa color azul turquesa.

—Ya tenía tiempo que no venía.

—Ustedes los jóvenes ya no quieren saber nada del pueblo, nomás me llama tu mamá, parece que ni te acordaras que tengo celular. —Reprochó suspirando.

—No es eso, ya tiene tiempo que quería venir, uno empieza a hacer su vida y no puede hacer muchas cosas, pero ya ve que uno no se olvida.

—Ya estas hecho un hombre, me acuerdo cuando fui a cuidarte a México, ya estas bien grandote. Andale pásale a sentarte, te voy a dar un taco.

La abuela encendió la madera del fogón, puso sobre el antiguo comal de barro algunas tortillas y una ollita de metal con algo de arroz rojo y una pieza de pollo. Compartió con su nieto una cerveza, la conversación duró poco tiempo. Ella estaba acostumbrada a hablar en mazahua y Mario casi no entendía. Amaba el olor a madera y el sabor de las tortillas, el aire frío del invierno era fresco y limpio. Llegaron unas vecinas a visitar a la abuela Lencha, él siempre fue respetuoso del trabajo espiritual, oficio ancestral de su abuela. Saludó a las señoras, dejó su guitarra sobre la cama y salió a caminar llevando consigo su armónica. Ya era de noche cuando regresó, preguntó si irían juntos a la víspera, ella le dijo que había ido la noche anterior y que asistiría al día siguiente desde temprano para estar en la misa y ver las danzas. Cuando llegó Rodolfo, bajó de una camioneta negra grande y nueva. Llevaba un sombrero tejano color negro y botas del mismo color. Mario se despidió de su abuela y salió al encuentro.

—¿Y esa troca? —Preguntó Mario intrigado.

—Es un año de trabajo, pero no es lo importante, checa lo que traigo en la caja. —Rodolfo guiño un ojo, y Mario se acercó.

—Esta bien chingón. —Exclamo Mario.

—Vamos a probarlo en la fiesta. Si conduces bien te lo presto. ¿Todavía te acuerdas de conducir? —Con un lanzamiento parabólico Rodolfo arrojó las llaves de la camioneta a Mario. Él trató de atraparlas pero pasaron entre sus manos cayendo al suelo. El interior

de la camioneta olía a perfume *Polo*, Rodolfo subió del lado acompañante y esperó sonriente a que Mario arrancara, puso primera velocidad y presionó con temor el acelerador. La camioneta dio un tirón apagándose el motor.

—Se me olvidaba el freno de mano. —Mario sonrió apenado y su primo asintió con la cabeza.

—¿Y que onda primo?, ¿ya te vas a casar o qué?

—No, todavía no. ¿Y tú para cuándo?

—A mí todavía me falta, yo creo que unos dos años. Pero uno nunca sabe, mi novia quiere seguir estudiando, yo le digo que se ponga a trabajar con nosotros pero ya ves. ¿Y tienes novia primo?

—Sí, la invité para que viniera pero se fue con su familia, ellos son de Veracruz.

—Que bueno primo, son guapas las chamacas de por allá, ¿qué no?

Mario puso en marcha la camioneta y siguieron el camino hasta la iglesia del pueblo. Encontraron a su prima Sabina y a otros familiares, casi todos de la misma edad, que los saludaron con emoción. Se escuchaba un estruendo de polca norteña, el bajo y acordeón saturaban el ambiente. La calle de tierra circundante a la iglesia se encontraba repleta de personas, mujeres jóvenes con vestidos de noche, personas mayores bastante abrigadas y niños que corrían jugando. Rodearon el muro exterior de la iglesia y entraron

por un costado, el atrio estaba abarrotado por quienes contemplaban las danzas frente a la iglesia, y el escenario donde un grupo de música tocaba. El olor a copal abrigaba a la multitud.

Vieron a las pastoras, vestidas con la ropa tradicional, enaguas multicolor, faja roja de lana y delantales azules o amarillos. Portaban un bastón con cascabeles metálicos y listones, coronadas todas con sombreros adornados de flores de aluminio en colores rojo, azul o verde, listones y caireles metálicos de colores que caían de los costados de aquellos vistosos sombreros. El canto mazahua de las pastoras tenía un tono melancólico que clamaba memoria y esperanza. Mario se separó de sus familiares intentando llegar a otro grupo de danzantes, observó la danza circular entorno a un alto bastón del que descendían listones. Trató de mirar por encima de la multitud esperando distinguir algún grupo de macheteros. El inconfundible sonido metálico de los machetes acompañado del tamborcillo y flautín, estaba ausente en aquella fiesta. El rostro de Mario entristeció y regresó con sus familiares que estaban frente a un puesto de bebidas, la mayoría con cervezas. Rodolfo le dijo a Mario que sujetara aquel aparato entre sus manos y así lo hizo.

—Ahora si vamos a ver como es la fiesta desde el cielo primo.
—Rodolfo encendió el drone, algunas personas prestaron atención, pero en general el vuelo no fue tan extraordinario para la multitud acostumbrada a la convivencia entre tradición y tecnología. —Lo

bueno de ésta cosa es que graba en HD todo lo que se ve por aquí. Ahorita es de prueba, lo bajamos y cuando enciendan los castillos lo voy a soltar otro rato.

—Me hubiera gustado filmar a los macheteros.

—Uy a mí también, pero este año no salieron, creo que no se juntó el grupo, es una lastima.

—¿Te acuerdas de cuando participamos?

—Como no me voy a acordar. La abuela te trajo para que danzaras y tu no querías, pero cuando viste los machetes y las máscaras estabas bien contento.

—Sí caray, es bien chido.

Después Mario y Sabina entraron a la iglesia y colocaron una vela encendida en el altar de la virgen morena, también unas monedas sobre una palangana de madera que tenía flores rojas y ceras. Justo a la media noche comenzaron a repicar las campanas de la iglesia. Se encendió el castillo conformado por una base de madera y diversas figuras que parecían no tener sentido hasta que eran iluminadas desprendiendo humo y chispas de colores. Un par de pastoras jóvenes con sus vistosos sombreros estaban junto a ellos tomándose selfies. Rodolfo lanzó de nuevo el dron para grabar los fuegos artificiales y prestó el control a Mario. Desde el otro lado del atrio una chica muy delgada agitaba su cámara fotográfica, ninguno de los dos podía

verla. Después de guardar el dron Mario y su primo se detuvieron frente a un puesto de bebidas.

—No te compres otro refresco, lo de conductor designado te lo decía de broma, mientras no te pongas muy mal no pasa nada. ¿Y esa que quiere? —La chica de la cámara corría entre la multitud en dirección a ellos. —¿La conoces tú?

—No me acuerdo la verdad. —Mario miró a su alrededor para cerciorarse que fuera a ellos a quienes se dirigía la chica. Rodolfo miraba su celular haciéndose el desentendido. —Sí, es a nosotros primo.

—Los estaba buscando desde hace rato. —Dijo la chica de la cámara, ella vestía un pantalón negro algo holgado y un saco también negro que la hacía ver más delgada de lo que era.

—¿A nosotros?

—Soy Diana López, ¿ustedes son los del dron? —Saludó a Mario con firmeza.

—Sí, un juguete de mi primo. Soy Mario y él es Rodolfo. —Asintió con la cabeza Rodolfo.

—¿De que familia son?

—De la familia Moreno y mi primo de los García. —Contestó Mario.

—Mira que bueno, la familia Moreno ya no vive por acá, es muy bueno que vengas a las fiestas del pueblo. Ustedes deben ser familiares de doña Lencha.

—Es nuestra abuela, no quiero ser mala onda, pero ¿a que viene tanta pregunta? —Dijo Rodolfo sonando algo descortés.

—Ah, pues de eso mismo quería hablarles. Estoy documentando las tradiciones del pueblo, entonces quería ver si me pueden facilitar una copia del video. Se los agradecería mucho.

—¿Cómo ves primo? —Preguntó Mario a Rodolfo que seguía concentrado en su celular.

—Te paso el video y se ponen de acuerdo, ya comenzó el baile. Yo me adelanto primo.

Después del baile, Mario regresó caminando a la casa de su abuela. El cielo comenzaba a clarear con su tono azulado, aún se miraba *Tanseje* (la estrella de la mañana). Al llegar encontró despierta a su abuela.

—¿Qué pasó abuela? ¿Por qué está levantada tan temprano?

—Se me fue el sueño. —Ella se acercó a Mario.

—¿Qué le pasa abuela?, ¿qué tiene?

—Soñé toros, estaba cuidando a unos toros grandes, y luego se empezaron a pelear, yo corría queriendo separarlos con una vara y bufaban y bufaban. Me subí a un árbol para protegerme.

—No se preocupe abuela, nomás fue un sueño.

—El sueño quiere decir que vienen peleas y conflictos, tienes que cuidarte mucho.

—¿Cómo sabe que el sueño trataba de mí?

—Vi tu guitarra.

III

Intranquilo Mario abandonó el recuerdo de su pueblo, en un salto se levantó de su asiento dejando caer la guitarra. Volvió a sentarse y comenzó a recordar detenidamente lo que pasó aquel funesto sábado de diciembre cuando ambos dejaron el tianguis del Chopo. Mario y su amigo repetían su rutina, acostumbraban trabajar y a la vez viajar gratis hasta su barrio. Tocaron en algunos microbuses y al bajar de uno se encontraron de frente a cinco personas que les abordaron. Dijeron que ellos controlaban esa ruta y deberían pagarles una cuota si querían seguir tocando. Juancho los increpó diciéndoles que ellos llevaban años trabajando y nunca les habían pedido dinero. Los cinco sujetos se lanzaron sobre ellos. Ambos corrieron entre los autos dejándolos atrás, dieron la vuelta en una esquina y agitados se detuvieron detrás de un anuncio comercial.

—No mames wey, por poco y nos madrean.

—¿Quiénes son esos weyes? —Preguntó Mario casi sin aliento.

—Ni idea wey, pueden ser nomás unos ladrones o igual y si son de una mafia que quiere controlar la ruta, eso pasa en otros lados, igual y aquí se quieren meter también. —Observó a Mario que estaba sujetando el anuncio. —¿Ya viste wey?, el letrero que estas agarrando tiene a una tipa con una metralleta y explosiones nucleares.

—No mames, ni me había dado cuenta wey. —Mario observó el letrero y comenzó a reír. —Es de una película que fui a ver la semana pasada con la Fabi y la Clarita. Trata de una distopía, esas madres donde todo el mundo está hecho mierda y la gente tiene que sobrevivir.

—Chingaderas. Esas no son distopías, distopías las que vivimos cabrón.

—No mames, en ninguna película saldrías con ese sombrero que traías.

—En la madre wey. —Juancho se llevó ambas manos a la cabeza y se dio cuenta que había tirado su bombín al escapar. —Vamos a tener que regresar, se me cayó el pinche bombín metalero.

—No mames, ¿cómo crees?

—Neta wey, igual y ya se abrieron esos culeros.

A diferencia de Mario su amigo era bastante popular. Ambos estaban juntos desde el primer año de secundaria en el taller de guitarra. Mario no era tan bueno tocando o cantando como su amigo que salía por las tardes con un colega de su padre al que llamaban el Patas, fue quien le enseñó el oficio de cantar en el transporte. A principios del tercer año de secundaria el Patas fue detenido en una riña, dejando a Juancho sin compañero. En ese entonces Mario comenzaba a tocar la armónica, compartía discos de música con su amigo y la propuesta surgió. Al principio temía tocar y cantar en público. Su amigo le dijo

“carnalito, aprender el oficio es como cualquier otro, tienes que quitarte el miedo y hacerlo, sabes que no la vas a hacer a la primera, lo que importa es no dejar de intentarlo”. En poco tiempo Mario aprendió a censar el animo de los chóferes, interactuar con las personas y coordinarse con su amigo para improvisar.

—Vamos wey, que no te de miedo.

—No me da miedo, me da terror cabrón. —Dijo Mario sonando algo irónico.

Ambos regresaron por el mismo camino, anduvieron un poco hasta doblar la esquina, encontraron de frente a los mismos sujetos que jugaban pateando el bombín.

—Correle wey, correle.

—No mames, no mames, no mames. —Gritó Mario rezagándose un poco.

Al final de la cuadra un grupo de personas abordaba un microbús, Juancho le hizo un gesto a Mario para subir también. El transporte arrancó en el momento preciso y dejando atrás a quines les perseguían. Después de su improvisación y algunas canciones, ambos bajaron a un par de cuadras de su casa. Ellos junto a un sujeto con una cicatriz en el mentón ayudaron a bajar a una señora que llevaba varias bolsas con comestibles. Ambos volvieron a verse hasta el mes de enero, se reunieron para salir a cantar.

—¿Y cómo has estado carnalito?

—Me fui al pueblo de mi abuela.

—No me trajiste ni unas tortillitas negras o unos nopalitos, pinche culero.

—No me acordé carnal, ¿y tú qué onda?

—Me fui de ayudante al trabajo de mi jefe. Quiere que trabaje con él de suajero los fines de semana, yo no quiero porque me va a cortar las alas.

—Es gacho, también venía pensando en buscar trabajo, pero nada mejor que la cantada. No se gana mucho, pero es bien chido, uno saca lo que trae a dentro. Tú me entiendes wey.

—Simón. Es como elegir tus sueños y compartirlos con los demás.

—Ay wey, saliste poeta.

—No mames, nomás por un rato, yo sé que acá no está mi futuro, me gustaría estudiar una ingeniería.

—Simón, yo todavía no me decido, faltan unos meses para acabar la prepa y la neta no sé que estudiar.

—Todo a la mera hora carnalito, mira ese pesero es de nuestra ruta. —Ambos subieron dejando abordar primero a los pasajeros.

—Buenas tardes bandita, con el permiso del chófer vamos a alegrarles un poco la tarde. A ver carnal, ¿cuál tocamos? —Preguntó Mario.

—Que nos diga nuestro público que quiere escuchar. ¿Señito cuál quiere escuchar?

—Una del Reyli. —Dijo una pasajera.

—¿De Reyli?, ¿De Reyli?, ahí les va *Al fin me arme de valor*.

Al bajar del microbús encontraron a los sujetos que les habían perseguido en diciembre. Mario y Juancho corrieron hacia la entrada del metro perdiéndose entre la multitud. Abordaron el primer vagón.

—No mames, se ve que esos weyes nos la tienen jurada. —Dijo Juancho mirando con desconfianza a las personas del vagón.

—Simón, pero ¿a poco nos vamos a dejar? Nel, ni madres, la calle es de todos carnal, la música también debe ser de todos.

—Simón, no le vamos a aflojar. Esos mierdas quieren que dejemos de cantar, que la gente acepte y viva su realidad así de culera nada más, con la cabeza agachada. Nel, ni madres.

Durante dos semanas siguieron cantando en la misma ruta, el día jueves de la tercer semana casi habían olvidado la amenaza de la mafia. Subieron a cantar al último microbús y al bajar cerca de sus casas se encontraron a un hombre que hablaba por celular y parecía retarlos con la mirada. Era de unos cuarenta años, bastante delgado de complexión y cara, llevaba en el mentón una larga cicatriz. Mario y su amigo pasaron junto a aquel dejándolo atrás. Al final de la

cuadra salieron tres sujetos, el del celular lanzó un fuerte silbido y los tres hombres corrieron hacia los muchachos.

—¿Qué pedo? —Preguntó Juancho.

—Parece que nos van a madrear. Correle wey. —Ambos dieron la vuelta y sin pensarlo pasaron por ambos lados del sujeto de la cicatriz que intentó cerrarles el paso.

—Vamos a pasearlos. Te veo al rato en tú casa carnal.

Juancho dobló a la derecha en la avenida y Mario cruzó de frente surcando el tránsito de los autos. Esperó toda la noche la visita de su amigo, estuvo revisando su celular durante horas y no tuvo respuesta de él, cuando Virginia regresó de su trabajo lo encontró durmiendo en el sillón.

—Despiértate muchacho, ¿qué no vas a ir a la escuela?

—¿Qué horas son jefa?

—Son casi las seis.

Aún con sueño Mario salió de su casa, respirando el aire pesado de la mañana, tomó una ruta distinta a la habitual. Al regresar de la escuela fue a buscar a Juancho. Subió las escaleras de los apartamentos y llamó a la puerta. Esperó varios minutos, comenzando a desesperarse llamó a la puerta de una vecina.

—Buenas seño. ¿No sabe si de casualidad está Juancho o sus jefes?

—No joven, si ya les tocó y no salen, no ha de haber nadie. En la mañana vi a doña Susana salir toda apresurada que ni me saludó, pero no sé nada.

—Gracias seño.

Cuando recibía algún mensaje lo miraba esperando saber algo pero al ver que era de su madre, Fabiola o alguna notificación sin sentido, dejaba a un lado su celular. Dormía poco y comía aun menos. Pasaron dos días para que Mario tuviera noticia de su amigo, se encontró a doña Susana cerca de su casa.

—Buenas tardes seño, quería preguntarle por Juancho. Tiene rato que no lo veo. Y no responde el celular.

—Ay mijo, no es que no quisiera avisarte pero con las prisas no me acordé de pasar a verte. Juan Diego me dijo que te avisara. El otro día le rompieron el celular y le pegaron una madriza. Al pobre le fracturaron la mano a patadas y lo dejaron como santo cristo. Le caería bien que lo pases a ver. ¿Tienes donde anotar?

—Dígame yo apunto aquí en el celular.

Ya en el hospital recorrió los pasillos que parecían un sanatorio militar en plena guerra. El color verde agua de las paredes se opacaba con la luz gris de la tarde. Mario intentaba no prestar atención a los pacientes dializados en los pasillos, ni a las personas mayores que tenían toda clase de problemas, desde una tos severa incontrolable

hasta los que salían de fisioterapia tratando de adaptarse a una vida sin extremidades. Subió a un segundo piso y cruzó una recepción de la cual salía una pareja que reclamaba por los meses de retraso en la medicación para el cáncer de su hijo. Al llegar al final del pasillo encontró la habitación de su amigo, era un cuarto pequeño con seis o siete camas ocupadas.

—Acá estoy wey. —Dijo una voz entrecortada.

—No mames wey, que madriza te pusieron.

—Eres un cabrón. ¿Por qué no habías venido?, yo creí que también te habían madreado.

—Me dí varias vueltas por tu chante pero no vi a nadie. Hasta hoy me avisó tu jefa. ¿Cómo estuvo la chinga?

—Pues así como me vez. —Juancho tenía los ojos enrojecidos con el contorno hinchado y amoratado, una mano con clavos metálicos saliendo de ella, la pierna cubierta con yeso y un collarín plástico envolvía su cuello. —Pero no se fueron limpios los culeros. Los manché de sangre.

—Que chiste más pendejo, con ese te van a dar chamba en Comedy Central carnal. —Mario intentaba sonreír y alegrar un poco a su amigo.

—No mames, no me hagas reír. —Juancho hizo una espasmódica pausa. —Me alcanzaron esos weyes, creo que todos se fueron atrás de mi. Me rompieron la guitarra, no mames, ya no voy a poder tocar.

—Por la guitarra no te preocupes carnal. Te vas a recuperar carnalito, ya te veo tocando bien chido de nuevo. Lo que importa es que se recupere tu mano. ¿Que te dijeron los médicos?

—¿A que le tiras cuando sueñas wey? —La voz de Juancho se cortaba entre espasmos ira y dolor. —Los médicos me dijeron que de milagro no me mataron. Parece que el próximo eres tú cabrón, debes andar con cuidado ya no vayas a cantar wey, esos culeros no le van a parar.. Me acuerdo de dos nada más, un tipo copetudo como el de los memes pero con una cicatriz en la barbilla, y otro pelón y bien orejón.

—Si me acuerdo de esos dos mierdas. —Mario estaba a punto de llorar. —No quiero dejar de cantar, y tú no te desanimes, te vas a poner bien.

—No wey, parece que no entiendes. Tienes que parle por un rato, no sabes que culero es estar aquí. Lo peor no fue la madriza, me rompieron el celular y no le podía llamar a nadie. No sé cuanto tiempo estuve ahí tirado, yo veía pasar a la gente que ni se acercaba. Cuando llegó la ambulancia dije ahora me ponen un pinche sedante para caballos y me pierdo en el viaje. Nel ni madres, yo creo que me dieron una aspirina cabrón. De algunas partes ya ni me acuerdo, me llevaron a un hospital y no me quisieron recibir porque no tenían cupo, después me llevaron a otros y lo mismo. Cuando me trajeron acá era de madrugada, hasta me hice amigo de los paramédicos, uno

de ellos puso mi chip en su celular y ya le pude marcar a mi jefe. No mames wey. — Juancho sollozaba.

Las siguientes semanas visitó a su amigo. La señora Susana consiguió un trabajo para él montando puestos ambulantes. El trabajo era de madrugada y al terminar debía ir a la escuela, estaba bastante cansado para hacer cualquier otra cosa. Las salidas con Fabiola fueron espaciándose cada vez más, se redujeron a unos pocos encuentros en la escuela. A Virginia no le contó gran cosa, pero no podía ocultar las pesadas ojeras, su semblante exhausto y la inquietud ante cualquier ruido extraño.

Durante los meses de febrero y marzo, Mario había burlado un par de veces las garras de la mafia, a pesar de estar pendiente todo el tiempo pensaba que su suerte no duraría mucho. Juancho parecía cada vez más triste e irritado, le pidió que dejara de visitarlo. Mario luchaba en cada materia de su escuela para poder aprobar. Se había sumido en una sensación de días y noches interminables. Una tarde le abordó Fabiola, resolvieron continuar como amigos y apoyarse en lo que pudieran. Virginia habló con él el último jueves de marzo.

—La cosa está difícil Mario, no quería hablar de esto contigo pero ya no aguanto más. Vamos a tener que irnos de aquí.

—¿Pero eso por qué? —Mario imaginó que su madre se había enterado de la mafia.

—¿Tú por qué crees?, ya no podemos seguir pagando la renta de aquí. No sé en que planeta vives pero llevo una semana desempleada. Parece que te la pasas soñando.

—Chale jefa, también se vale soñar, si uno no tiene metas ni sueños termina hecho pedazos. Ya sabe que yo trabajo todo lo que puedo.

—Se que trabajas mucho pero con eso no podemos pagar las cosas. Apenas y consigues para comer, chale, cómo dices tú. Tenemos que seguir pagando el préstamo de la tarjeta y no me quieren reconocer dos pagos que les hice, ya es la segunda semana que me están llame y llame. Dicen que quieren venir a embargar. —Virginia golpeó la mesa con su puño y comenzó a llorar.

—Chale jefa, pues voy a conseguirme otra chamba y dejar la escuela un rato.

—Tú no vas a conseguir ni madres. —Gritó Virginia. —Tú tienes que estudiar para salir a delante. Mira el trabajo de mierda que tenía, limpiando baños y oficinas. ¿Quiéres sueños?, ese es mi sueño, que no termines como yo. Nos pagan una miseria, nos corren para que no generemos antigüedad, y si uno protesta le ponen una madriza como a tú amigo. ¿Creías que la señora Susana no me iba a contar lo que pasó?

—Chale jefa.

—Nada de chale. De aquí no nos movemos hasta que encontremos una solución. Se tiene que tomar una decisión para cambiar todo esto. ¿Qué tienes pensado estudiar?

—Pues no sé jefa, todavía no sé jefa. Igual y entrar a la UNAM o a la UAM

—No se trata de que digas igual y. Ya deberías de saber bien, parece que tú vives al día.

—Pues no sé jefa. Había imaginado irme un tiempo para el pueblo, allá la cosa parece más tranquila. ¿Usted que ha pensado jefa?

—Pues nada más vamos a poder pagar la renta del mes que viene. Yo ya hable con mi hermana y me va a hacer un espacio, pero nada más puede recibir a uno. ¿Y en el pueblo que piensas hacer?, no vas a estar de huevonsote y briago. La vida en el pueblo también es difícil.

—Está la opción de estudiar de maestro o la UNI donde estudia mi prima Sabina, es algo lejos del pueblo pero viajo casi lo mismo para ir al CONA. No sé si consiga un trabajo allá. Tampoco he checado los requisitos para inscribirme.

—¿Qué haces ahí sentadote?, traete tu compu para ver las opciones. —Mario fue con pasos avergonzados en busca de su laptop.

—Chale jefa. La convocatoria para la normal ya se cerró, deje checo a ver si todavía se puede en la UNI.

—A ver fijate. —Dijo Virginia algo ansiosa.

—Si jefa, todavía se puede. Deje me pongo a llenar el cuestionario y al rato salgo a imprimir los formularios.

—Válgame Dios. Espero que esta oportunidad sirva de algo. Pero no te confíes hijo, las cosas no se resuelven de la noche a la mañana, todavía van a venir problemas. Eso es lo único seguro que tenemos en la vida.

—Es cosa de echarle ganas como siempre dice usted jefa.

En las pantallas del autobús Mario veía explosiones tan impactantes y falsas como los autos que parecían oxidados pero tenían las llantas nuevas. Suspirando pensaba en el trecho desde marzo y los esfuerzos que realizaron su madre y él. Parecía más tranquilo, ocupó dos asientos para recostarse considerando que aún le quedaba casi todo el mes de julio para conseguir un trabajo. Desenredó sus auriculares para escuchar música, después de colocárselos se quedó dormido.

IV

Mario continuaba durmiendo. La película seguía, la protagonista superviviente había logrado salir de la cueva secreta de su enemigo rescatando al chico de sus sueños, creían que todo acabaría y surgió una complicación inesperada. El tono de su celular despertó a Mario, contestó incorporándose muy despacio, limpió con el canto de su mano la saliva de su boca.

—¿Qué onda?, ¿quién es?

—Clara.

—¿Cuál Clara? —Dijo Mario bostezando.

—Clarita, pendejo. ¿Estas durmiendo?

—Ah, chale. ¿Qué onda Clarita?, me estaba echando una pestaña, voy al pueblo. —Preocupado observó por la ventana esperando no haber pasado de largo.

—Te llamo para desearte suerte, no pude ir a despedirte wey.

—Vi tu mensaje, te fuiste a vivir con tu morra. No es para tanto, ya nos veremos un día de estos.

—Eso espero Mario. Igual y te voy a ver.

—Simón, Simón. Deja que vea como va estar la onda acá y nos ponemos de acuerdo.

—Cámaras. ¿Te llamó el Juancho?

—Nel, todavía no me habla el wey. Ya veremos después que pedo.

—Tú no te agüites. Echale ganas y no te andes haciendo pendejo.

—Simón, tú también echale ganas. Te dejo porque no sé si ya me pasé de donde bajaba.

—Estas bien wey. Cuidate.

Mario reconoció parte del panorama nocturno, levantó su mochila del suelo. Rascó su nuca y se puso de pie. Su guitarra y mochila chocaban con los asientos al caminar. Al bajar aspiró el aire fresco del pueblo, volvió a rascar su nuca y se encaminó a la casa de su abuela. Él despertaba a medida que recorría el camino. Contemplaba las luces del pueblo iluminando la neblina de la noche, ladridos aislados fueron amenizados al silbar una vieja canción de los Blues Boys. Al llegar a la casa de su abuela ella le esperaba con la cena preparada, caldo de camarón con nopales, pan y atole de masa.

—*Kimi, jyasmi male.* —Hola, ¿cómo amaneció abuela?, Dijo en mazahua Mario.

—Así no se dice, ya es de noche. Se te está olvidando hablar *Jñatjo*.

—Chale, pues es que casi no lo hablo.

—¿Que es eso de chale? —Preguntó la abuela sirviendo atole en un jarro de barro.

—Es algo que se dice en la ciudad, ni se bien de donde salió. Es como una expresión, como decir que... es para decir algo. Como si viera que su ropa colgada ya está seca, y se entretuviera en otra cosa, en eso comienza a llover y se le moja.

—Si me fijo que mi ropa está seca pues la guardo, no le hace que esté despejado.

—Ah, chale. —Ambos rieron.

—¿Cómo está tu mamá?, me llamó para decirme que consiguió trabajo.

—Pues está bien, su trabajo es de lo mismo. Yo soy el que anda sin chamba. ¿No sabe de alguien que me quiera dar uno?

—Esta complicada la situación. Hizo bien tu mamá en quedarse a trabajar en la ciudad, tú también hiciste lo correcto viniendo a acá. Lo más seguro es que esperes a que regrese tu primo Rodolfo. Viene para la fiesta del veinticinco, seguro que con él puedes arreglar algo.

—Viene el veinticinco o llega antes.

—Eso depende de los pendientes que tengan en El Paso. Vas a tener que aprovechar el tiempo, deberías ir mañana a ver a tu tío Felipe para ayudarle un poco.

—Mañana paso a saludar.

—Voy a acomodar la cama para que descanses.

—¿Y usted donde va a dormir?

—Acá en la cocina. —Mario observó el piso de tierra y negó con la cabeza.

—No se preocupe, yo me quedo acá.

—Me da gusto que vengas a quedarte a la casa. No tengo mucho espacio pero nos arreglamos.

Mario pasó la noche en aquel cuarto pequeño, improvisó una cama con un par de tablas. Por la mañana el frío le despertó y salió con los primeros rayos del sol en busca de madera para el fogón de su abuela. Ella le explicó la forma de conseguir madera sin necesidad de talar un árbol, le recomendó pasar un poco más de tiempo buscando y que las ramas más delgadas debían quedarse en el bosque. Mario confesó que no había caminado mucho y que subiendo la montaña recordó que necesitaba una cuerda para atar la madera.

Después de desayunar fue a la casa de Felipe que era un poco más arriba en la montaña. Él cortó camino atravesando un cultivo de maíz, cayó un par de veces tropezando con las plantas que crecían entre los surcos, cargaba su guitarra y al caer trataba de anteponer el cuerpo para no dañarla. Las plantas de maíz no le permitían ver muy lejos, casi al final del cultivo vio la silueta de una mujer joven que adornaba las matas con flores silvestres. La chica era un poco mayor que Mario, su cabello largo trenzado llegaba hasta sus codos, en su cara delgada podía verse su sonrisa alargada como una luna creciente.

—¿Qué pasó? ¿Te perdiste? —Dijo la chica conteniendo su risa. El pantalón de Mario tenía manchas de plantas y lodo en las rodillas.

—¿Sabina?, ¿qué onda prima?, no me perdí, tomé un atajo.

—¿El atajo es cerveza o algo mas fuerte?

—¿Atajo?, no sé.

—Es una broma, ¿qué haces por acá?

—Ah, ya entendí. —Mario rascaba su nuca un poco confundido. —Nada interesante, vengo a saludar, ¿para qué son las flores?

—Es la tradición. —Sabina extendió su mano para saludarlo y ayudarlo a salir del cultivo. —Me contó la abuela que vas a estar viviendo acá en el pueblo. Y que quieres entrar a la misma escuela que yo.

—Sí, pero no voy a estudiar medicina. ¿El tío anda por aquí?, vengo a ver si les puedo echar una mano en algo.

—No, se fue a ver a mi hermana Paula que tuvo a su niña, va a regresar en unos días. Acá hay mucho que hacer. ¿Ya desayunaste?

—Desayuné con la abuela, tú dime en que puedo ayudar.

—Ve a traer un machete que está en la entrada de la casa. Me vas a ayudar a chaponear.

—¿A chaponear?

—A arrancar las yerbas pues.

Mario encontró un machete curvo y a un costado estaba otro machete alargado como el que usó cuando danzaba de pequeño. Levantó los dos y fue en busca de su prima.

—¿Con quién te vas a pelear? —Preguntó risueña al verlo con un machete en cada mano. —El machete largo es para otra cosa, el curvo es el que sirve. ¿Te enseño?

—No, ya me acordé. —Mario sonaba algo avergonzado. —¿Por donde empiezo?

—Por donde quieras, pero acuérdate de arrancar sólo la maleza, no vayas a cortar las plantas de frijol y las calabazas. Voy por una piedra de afilar y a buscar otro machete. Son como las nueve, al medio día acabamos.

Mario recordó que la abuela Lencha le explicó sobre las diferencias entre plantas, y el modo en que éstas pueden convivir entre ellas. Le decía que “en un principio las plantas crecían juntas como hermanas, pero con el paso del tiempo las personas comenzaron a separarlas hasta dejarlas todas desordenadas. Muchos olvidaron que el maíz convive con otras plantas creciendo más fuerte y feliz. Entonces esas personas comenzaron a regar líquidos sobre las plantas que hacían fuerte al maíz y lo dejaron solo, así comenzó a volverse delgado y estéril. También existen otras plantas que son egoístas porque se aprovechan del maíz robando la riqueza del suelo. La solución es

saber usar con sabiduría las manos para sembrar y separar las malas yerbas, se tiene que usar el machete si es necesario”.

Cuando Mario se dio cuenta de lo inútil que era cargar su guitarra al cortar la maleza, la dejó a un lado de la parcela sobre su suéter. Observó que su prima lo miraba risueña y se dio cuenta que ella era más ágil. Al medio día casi habían terminado su labor. Mario estaba exhausto, su prima le convidó un refresco y algo de comer. Cuando se disponían a reanudar el trabajo una voz los sorprendió.

—Buenas, buenas. ¿Cómo les va?

—¿Y esa qué quiere? —Susurró Sabina.

—¿Quién es? —Preguntó Mario que estaba dentro de la parcela, miró en dirección a la voz y vio acercarse a Diana, la chica que conoció en diciembre, ella llevaba la misma cámara fotográfica colgando de su cuello.

—Andaba por aquí y se me ocurrió pasar a saludar. —Dijo Diana en tono alegre. ¿Están chaponeando?

—Andamos trabajando un poco. —Respondió Sabina.

—¿Y esa guitarra tú? —Preguntó Diana intrigada, al ver a Mario su rostro se puso serio. —¿Apoco andas de visita?

—Por acá andamos, pasando más tiempo con la familia.

Conversaron durante algunos minutos, después Mario y Sabina regresaron a su trabajo. Diana tomó fotografías de las flores que adornaban el maíz.

—Bueno, dejo que sigan trabajando, me dio gusto saludarlos.

—Mario salió de la parcela apresurado.

—Ha caray, se me había olvidado mandarte el video. Si todavía te interesa te lo mando.

—Sí me interesa, pero si es molestia no te apures.

Al retirarse Diana, Sabina hizo una expresión contrayendo las cejas y acercando los labios a su nariz. Mario comenzó a reír.

—No seas así, ¿Por qué le haces caras?

—¿No te cae mal?

—Pues no, ni la conozco.

—¿Entonces por qué le ofreciste el video?, ¿te gusta? — Preguntó Sabina en tono insidioso.

—Pues no sé, es muy flaca ¿no?, le dije lo del video para no quedar mal, ya le había dicho en diciembre que se lo iba a pasar. ¿Hago mal si se lo doy?

—No, no está mal, anda por ahí sacando fotos y videos. Es maestra de la primaria y se interesa mucho por la comunidad. — Sabina hizo una pausa para tratar de explicarse. —Es buena muchacha pero algo extraña. Es para que estuviera casada creo yo.

No se arregla mucho y cuando va a las fiestas prefiere andar haciendo entrevistas que ponerse a bailar.

—No sabía que es maestra. ¿Cuántos años tiene?, no se ve muy grande.

—Mira tú, llegas al pueblo y quieres novia. —Sabina observó ruborizarse a Mario. —Te ha de llevar cinco o seis años, es de la edad de mi hermana paula, debe tener unos veintitrés.

Los siguientes días Mario colaboró en diversas tareas, al finalizar la semana tenía callos en las manos, había dejado de tocar su guitarra. En el taller de Felipe, Mario ayudaba en la fabricación de ollas. Una vez molida y cernida la arcilla, debía prepararse la mezcla con el agua indispensable formando así una masa maleable y no muy blanda que apilaban debajo de un plástico para que no perdiera humedad. Habían dos mesas formadas por piedras grandes de cantera, sobre ellas se amasaba el barro y se le daba forma a bolas mas grandes que un puño, creando un medio circulo alargado. Lo colocaban dentro de moldes cortando los bordes con un hilo de plástico. Las piezas en los moldes eran empalmadas sosteniendo en cada mano un molde. Mario trabajaba tratando de seguir todos los pasos e incrementar su ritmo, Felipe lo observaba con interés.

—Se ve que le agarras rápido la mano, todavía te quedan medio delgadas las ollas.

—Chale, es cosa de trabajarle un poco más.

—A la hora de aplanar cuida que quede parejo, la mano va aprendiendo la cantidad de golpes y después ya ni piensas para hacerlo. A veces cuando llegan de la ciudad ya ni se acuerdan. El hijo de un compadre, cuando regresó, su papá le dijo que llevara un azadón, el muchacho no se acordaba que era. Lo fue a buscar y derrepente empezó a chillar. Fue a ver mi compadre y le dijo ¿Que tienes hijo?, el muchacho le dijo pisé el azadón y me pegue en la cara.

—Parece que no ando tan wey ¿Verdad?

—Me contó la Sabina que te equivocaste de machete.

—Ah, chale. —Dijo Mario avergonzado.

—Pero le vas entendiendo rápido, la cosa es que esto no deja. Las ollas se venden bien poco.

—Estoy esperando al Rodo. Igual y me consigue algo de trabajo.

—Eres trabajador y honesto, en donde quiera vas a conseguir un trabajo. No te agüites.

Rodolfo acostumbraba visitar a la abuela Lencha al llegar al pueblo, así lo hizo la tercera semana de julio. Encontró a Mario frente a la casa, al verlo sonrió y levantó ambas manos.

—Que milagro Mario, de haber sabido que andabas por acá hubiera venido antes.

—No le hace primo, que gusto verte.

—¿Cómo le va abuela? —Dijo Rodolfo al verla salir de su casa.

—Ya sabía que eras tú, que bueno que pasas.

—Usted sabe todo abuela, por eso paso a verla.

—Me acordé del sonido de la camioneta nomás. Pasale, ahorita traigo lo que me hace falta.

—¿Y a ti cómo te va Mario?, ¿qué andas haciendo por acá?, me hubieras echado un telefonazo.

—Te quería dar la sorpresa. Pasaron muchas cosas y es mejor contarle en persona.

—Pues en lo que se necesite, ya sabes que para eso estamos primo. Cuéntame que onda.

La abuela Lencha salió en busca de plantas que tenía sembradas detrás de su casa, cortó algunas ramitas, caminó hasta un árbol de pirul que sus ramas caían hasta tocar el suelo, cortó un par de ellas. En la cocina sirvió agua en un vaso de cristal y llevó también un huevo de gallina. Al entrar a su cuarto Mario estaba sentado sobre la cama, sostenía un copalero o incensario acomodando dentro algunos trozos de carbón. Rodolfo se había quitado sus botas vaqueras de cuero negro y dejaba a un lado su chaqueta. La abuela acomodó sus materiales sobre el suelo, y ató con un listón rojo las ramas. Encendió una vela, roció cera sobre el copalero agregando algunos trozos pequeños de copal después de encenderlo. El dulce humo comenzó a

inundar la habitación, la abuela pasó el huevo de la cabeza a los pies de Rodolfo, lo vació en un vaso con agua para contemplarlo a contra luz.

—Eres muy trabajador muchacho. —Dijo sin dejar de contemplar el vaso. —Tienes buen carácter y sabes pensar en el futuro, el problema es que casi no duermes. Dedicas mucho tiempo al trabajo y quieres andar bebiendo cuando descansas. La vida no es trabajar y tomar, debes ver bien lo que haces porque vida nomás hay una, y eres joven. Si sigues así te vas a hacer daño.

Ella tomó el manojo de ramas con sus manos y dio pequeños golpecitos en el cuerpo de Rodolfo.

—Esto es para ayudarte un poco, siempre te encontrarás a personas que quieran hacerte mal, pero no te ayuda acá adentro. —La abuela golpeaba levemente con la rama la cabeza de Rodolfo. —De esto te tienes que encargar tú.

Para finalizar doña Lencha sopló humo sobre el cuerpo de Rodolfo. Salió a enterrar el huevo y cuando regresó los encontró hablando bastante animados.

—¿No le va a molestar que me lleve a Mario a vivir a mi casa verdad?

—Si me viene a visitar seguido no me va a molestar, va a estar mejor en tu casa mijo.

—Me lo voy a llevar a trabajar al taller, la condición es que venga seguido a visitarla y que se haga una limpia, ya me contó que no quiere.

—Ah, chale. —Los tres comenzaron a reír.

De camino a la casa de Rodolfo vieron pasar en dirección contraria a Diana caminando algo distraída.

—Mira ahí va la Diana, oye primo, se me había olvidado pedirte el video de la otra vez para mandárselo.

—¿Te lo volvió a pedir?

—No, pero se lo quiero mandar.

—Te lo paso en la noche. ¿Ella te gusta?, me parece que es medio creída. Una vez la invité a bailar en una boda y me dijo que después, el después nunca llegó. No, deja eso. —Mario sacaba una botella de perfume de la guantera. —Quiero que me dure el olor a copal.

—A perdón primo. Pues no me gusta la morra, tampoco es que se me haga fea, pero me cae bien. ¿Acá en el pueblo se enteran de todo verdad?

—Pueblo chico, infierno grande.

Al llegar, Mario contemplaba el exterior de la casa, era de dos pisos con las paredes sin pintura. Entraron por la primera puerta, ambos pasaron a una pequeña habitación repleta de bolsas de plástico con

diversos materiales y una mesa en el centro que tenía una pequeña máquina de coser junto a un troquel mecánico.

—El taller ya lo conoces, mañana vamos a ir viendo que puedes ir haciendo, el troquel está roto. Tenemos que ir para Tlaco porque acá en el pueblo no venden lo que nos hace falta y en el centro de San Miguel son unos culeros.

—A ver, dejame checar. Es el tubo del troquel que está doblado, ¿no?

—Sí, se rompe a cada rato, voy a comprar varios para que tengas repuestos.

—Este se arregla con agua.

—¿Con agua? —Preguntó Rodolfo haciendo mover su sombrero negro al rascarse la nuca.

—Simón, me imagino que no aguanta mucho por tanto trabajo que se le da, compramos un tubo que tenga tapones de los dos lados, y le ponemos agua adentro. Va quedar andando chingón.

—Pues no sé si con eso se arregle.

—Uno de mis amigos trabajaba con troqueles, me contó cómo los arreglan. Seguro queda.

El viaje duró casi media hora, durante el trayecto escucharon música norteña, sinaloense y de banda. El entorno urbano le era familiar a Mario, la cantidad de autos y comercios era mayor, a pesar de no estar tan contaminado como en su antigua urbe el aspecto del lugar

era grisáceo e insípido. En una ferretería compraron yeso, tubos y pegamento. Compraron tablas de madera en una carpintería, después fueron en busca de hilo, telas y gamuza. Caminaban al estacionamiento donde estaba la camioneta.

—¿Qué onda con la morra? —Preguntó Mario algo sorprendido.

—¿Cuál morra?

—La Diana wey, acaba de pasar por ahí.

—No me extraña, todos en el pueblo vienen a comprar acá. Sale más barato, en el centro de San Miguel si te ven que eres del pueblo te cobran más caro.

—Racistas de mierda, me cae. —Al doblar una esquina encontraron a Diana conversando con una señora que vendía plantas medicinales.

—*Abi Jyasu tía* —Ambos saludaron en mazahua diciendo ¿cómo le va tía?, en la región mazahua suele usarse el término tía/o para referirse a las personas mayores.

—*Najo, Najo, Nuts'kebi.* —Bien, Bien ¿y ustedes?, respondió la señora. Su puesto ambulante era un plástico tendido en el suelo sobre el cual se exhibían las plantas medicinales.

—*Najo, Najo.* —También respondió Diana, Mario entendió muy poco de la conversación que continuó en mazahua.

— *Ya ra maago tía.* —Hasta luego, dijeron Mario y Rodolfo después de comprar un poco de copal y un par de velas. Diana también se despidió y caminó junto a ellos.

—¿Cómo les va?, creí que estarías nomás unos días por el pueblo. —Diana se dirigió a Mario con una sonrisa que alargaba sus pequeños labios.

—Voy a vivir en el pueblo, voy a estudiar en la UNI. Igual y mañana te paso el video.

—Mira tú, es bien importante estudiar y reafirmar la cultura del pueblo. —Diana notó la seriedad de Rodolfo. —Bueno yo tengo que ir a otro lado, seguro nos veremos en la fiesta.

—¿Quieres que te llevemos?, vamos para el pueblo. —Rodolfo guiñó un ojo a Mario.

—No, no se molesten, tengo que hacer otras cosas.

De regreso compraron un par de botellas de whisky. La lluvia en la carretera les hizo subir las ventanillas, y las nubes gruesas aceleraron la noche. Una patrulla que llevaba encendidas las luces de emergencia los alcanzó y les cerró el paso.

—Nos van a parar. —Dijo Rodolfo algo molesto, descendió la marcha hasta detenerse.

—¿Qué quieren?, ¿son federales o estatales?. —Preguntó Mario confundido.

—No sé primo, no se le ve bien, chanse y son municipales. Seguro quieren dinero.

—Buenas noches jóvenes. Vamos a hacerles una inspección de rutina. ¿Pueden descender del vehículo?

—Buenas noches oficial. —Respondió Rodolfo al bajar.

—¿A donde vas chamaco?, ven para acá pasa por enfrente de la camioneta. —El oficial tocaba su arma al hablar en tono severo a Mario.

—¿Qué tenemos aquí? —Preguntó otro policía al acercarse.

—Los sospechosos vienen conduciendo en estado de ebriedad, checa bien el vehículo a ver si traen alcohol. —Mario se acercó con su celular en la mano. —Guarda ese celular chamaco,

estamos haciendo las cosas bien. Pero si las cosas salen mal, nadie los va a encontrar a ti y a tu amigo.

La conversación fue breve, Mario y su primo llegaron al pueblo sin las botellas de whisky. En pocos días Mario se familiarizó con el trabajo apoyándose en la experiencia de Rodolfo. Ambos fueron a las dos noches de víspera que antecedieron a la fiesta principal del pueblo. Saludaron a familiares que en la fiesta de diciembre no habían ido, aquellas celebraciones permitían pequeños y gratos reencuentros. Mario entregó a Diana una copia del video, ella se alegró pero Mario parecía indiferente. Ambos charlaban en el atrio de la iglesia, Diana dio una calada a su cigarro y soltó suavemente el humo.

—¿Qué te pasa Mario?, ¿no te gusta la fiesta? —Preguntó Diana.

—Pues sí me gusta, pero me hubiera gustado más ver a los macheteros, que lastima que ya no salen.

—Ya no se juntan. ¿Por qué te gustan?

—De pequeño vine con la abuela y me metió a danzar. Siempre que pienso en la fiesta del pueblo me acuerdo de los macheteros.

—Es una tradición muy bonita como todas, ¿si se formara otro grupo participarías?

—Chanse y sí, pero no sé, con el trabajo y la escuela no sé si tenga tiempo.

—Tiempo te va a sobrar si tienes ganas. Por ahora no veo que alguien más quiera.

—Eso sí. —Mario quería terminar la conversación con Diana. —Me voy un poco antes.

—Está bien, oye. Lo del trabajo que dices. ¿Es haciendo artesanías?

—Sí, es en el taller de mi primo, trabajo ayudándole a hacer lo que vende en El Paso.

—¿Tú crees que pueda pasar a ver como trabajas?

—¿Eso para qué?

—Pues tengo ganas de ver cómo se hace. Me gustaría hacerte una entrevista.

—¿A mí?, no, yo no tengo nada que decir, es un trabajo normal nomás.

—Es interesante, también es parte de las tradiciones y cultura del pueblo. Como la fiesta.

—Yo no le veo en que se parezca a la fiesta. —Mario sonaba algo molesto. —El trabajo es trabajo nomás. Y si fuera tradición pues tendría otras cosas, ¿no?

—No quería decir que es lo mismo que la fiesta. Es lo que se hace y distingue a la comunidad de otras. La tradición es la fiesta pero también son las formas de trabajo, la forma de trabajo solidario

que le llamamos *pjosute* es bien diferente de lo que hacen en otros lados. Fijate. ¿Apoco se trabaja igual en la ciudad?

—No pues no se trabaja igual, pero es diferente, yo trabajo con máquinas y materiales que no son de acá del pueblo. Las ollas de barro yo creo son cultura, pero lo que hago yo no es.

—Pues las ollas en un principio no se hacían como se hacen ahora. Las ollas y tus artesanías son una forma de trabajo del pueblo y eso es lo que importa. Antes las ollas se cocían en hornos parecidos pero se usaba leña, ahora usan plásticos o llantas, no es lo mejor para el ambiente, pero es lo que se tiene, esos cambios y los que se puedan hacer después se deben de documentar.

—¿Para qué quieres documentar?, ¿eso a quien le interesa?

—¿Te gustaría ver un video de los macheteros?

—Pues sí me gustaría.

—Es eso mismo, a veces se pierden algunas cosas y ya no se pueden recuperar, pero otras se conservan, en un video o en la memoria de las personas y entonces es bueno para contarle a otros cómo se hacía y revivirlo si se puede.

—¿Tienes algún video de los macheteros? —El rostro de Mario se iluminó por un instante. —¿No tendrás alguno de cuando yo salía a danzar?

—No, yo no tengo. Pero hay algunos en Internet, son de otras comunidades. Los vas a encontrar buscando como santiagueros.

—Los voy a buscar.

—¿Entonces qué?, ¿puedo filmar cómo trabajas?

Al final de la fiesta Mario y Rodolfo se encontraban de regreso a su casa, la tarde era lluviosa y los limpia parabrisas chirriaban casi rítmicos.

—Que días primo. Estuvo bueno pasar un rato por acá y no fue nada aburrido, pero ya es tiempo de irse. No te había dicho. Me voy a ir en avión, porque te tengo que encargar algo.

—¿En avión?, ¿no te vas a llevar la camioneta?

—No primo, esta troca ya no puede hacer el viaje, además, no pienso llevarme las artesanías, mi hermana va a venir en unos días y se va llevar todo. Te voy a dejar la troca para lo que se ofrezca. Al rato me llevas a la terminal, para agarrar un autobús al aeropuerto, ya tenía tiempo que quería irme así. Te voy a dejar algunos pesos para cualquier imprevisto, pero la paga por tu trabajo va a tardar un poco, en un mes te mandamos algo.

—Por eso no te apures Rodo, teniendo donde vivir y que comer pues no me hace falta gran cosa.

—Vas a entrar a la escuela en dos semanas, y tienes que ayudar a la tía, así que sí te hace falta primo. Nomás hay algo que me preocupa. Te veo decaído, has de extrañar tu barrio, ¿qué no?

—Pues si se extraña, ¿qué le vamos ha hacer?

—Tú no te agüites, ya verás que de a poco salen las cosas.

Durante el mes de agosto Mario pasaba bastante tiempo a solas, había dejado de tocar su guitarra y tenía semanas sin encontrar su armónica, cada canción traía recuerdos que le entristecían. Sólo se escuchaba el ruido de su trabajo que opacaba el canto distante de las aves. El dinero que envió su primo era menos del que Mario imaginaba, envió poco más de la mitad a Virginia y el resto lo complementó recolectando nopales, tunas y tubérculos silvestres. Tardó varias semanas en acostumbrarse a su nueva dinámica, vivir solo y en el campo. En la ciudad compraba en tianguis y centros comerciales, en el campo pocas veces iba a un tianguis y aún menos a un centro comercial. Usualmente tenía poco o nada para alimentarse, comía sólo cuando tenía hambre y con el paso de las semanas la sensación de hambre lo abandonó.

Por las noches le costaba dormir y durante los días mantenerse despierto. Le resultaba más fácil trabajar de noche, sus primeras semanas en la universidad le parecieron poco interesantes. Mario no deseaba regresar a la ciudad pero recordaba su antigua preparatoria, la dinámica indetenible de la ciudad contrastaba con la pasividad del campo. Trabajaba y acudía a clases desvelado, el frío de la mañana parecía congelar sus huesos y los rayos del sol lastimaban sus ojos. Tan cansado como aburrido dormía en el microbús de camino a su casa.

Uno de los primeros días de septiembre, Mario trabajaba en silencio de forma casi automática, repetía una y otra vez el mismo movimiento, bajaba la palanca y se escuchaba el estampado sobre el metal o cuero. Diana lo observaba desde el marco de la puerta, las cenizas de su cigarro caían y ella permanecía casi inmóvil, con esos pequeños movimientos que el cuerpo hace inconsciente al contemplar algo interesante. Mario parecía no escucharle, en algún momento notó el humo de tabaco y giró su mirada algo enrojecida y lagrimosa.

—Andaba por acá y se me ocurrió pasar a saludar. —Diana titubeaba un poco al hablar. —¿Cómo estas?

—Hola, pues acá trabajando —Mario comenzó a reír limpiando sus ojos con los dedos.

—Creo que estabas usando mucha pintura o pegamento y se te subió un poco. Como dice la canción, ojos rojos corazón contento.

—Diana intentaba acercarse, caminaba un par de pasos y se detenía.

—Regreso después, ¿te parece?

—Ah caray, te sabes esa, no tenía idea que escucharas reggae. Pues ojos rojos sí, corazón contento quien sabe. Quedate si quieres, no pasa nada. Me hubieras llamado.

—No escucho mucho de música reggae, pero algo sé. Te llamé pero no contestabas.

—Andale pasa a sentarte, bueno nada más hay una silla, si quieres siéntate ahí, voy por otra. ¿Quieres algo de comer?

—Ya comí, gracias. ¿Seguro quieres qué me quede?

—Pues ya estas aquí. —Mario aprovechó para limpiarse un poco la cara. Cuando regresó, Diana estaba tratando de averiguar como funcionaba el troquel.

—¿Esta cosa cómo funciona?. —La mano de Diana sostenía una palanca metálica.

—Es un troquel, sirve para perforar o estampar a presión sobre gamuza, cuero o metal. Para eso lo uso.

—Mira que bueno, me gusta esto. ¿Me enseñas las artesanías?

Fueron a una habitación donde estaban las piezas creadas, los llaveros que tenía guardados en una caja eran anillas con un trozo de cuero estampado, una pequeña chapa de lámina grabada con un cactus y frases como *El Paso, México lindo, Agua Prieta, Laguna honda*. Los caballos estaban sobre una base de madera, eran de yeso pintados de color café oscuro.

—Están bastante buenos, los llaveros me parecen un cliché, pero los caballos me gustaron mucho. ¿Sabías qué dos de las patas arriba en una estatua significan que él dueño del caballo murió en combate?

—No, ni idea. —Dijo Mario rascando su nuca.

—Sí, cuando tienen una sola pata en el aire significa que murió por las heridas de una batalla, y cuando tiene las cuatro patas sobre el suelo significa que murió de viejo.

—Que chingón. ¿Sabes que significa que no esté nadie montado?

—No, no tengo idea.

—Significa que el jinete no ha subido o que el caballo no tiene dueño.

—¿Enserio?

—No sé, se me ocurrió ahorita.

También le mostró los moldes para las figuras de yeso y los caballos que secándose aguardaban a ser pintados. En el taller vieron los patrones de corte para las monturas y llaveros. Comentaron sobre el trabajo en el campo y los diversos oficios que aún subsisten, a Diana le parecía dolorosa la migración, pero entendía las causas. Mario contaba sobre la ciudad y algunas de sus aventuras, ella notó que hablar de eso era difícil para él, y se excusó para retirarse.

—No filmaste nada, ni tomaste fotos.

—Uy se me pasó. Yo creo que regresaré un día de estos.

—Pasa cuando gustes, después de la escuela estoy acá, no hago muchas cosas.

—Pues sería bueno que hagas otras cosas aparte de trabajar y estudiar. Cuidate Mario.

Las siguientes semanas Mario pasaba las noches añorando y trabajando, durante el día parecía ausente. La segunda semana de

septiembre Diana fue a verlo, le encontró más delgado con ojeras oscuras algo hinchadas, trataba de parecer contento y al reír por alguna ocurrencia se llevaba las manos al estomago. Ella lo invitó a la fiesta que harían en su escuela por motivo de la independencia y le recomendó visitar a la abuela Lencha.

Los días parecieron sucederse unos a otros con monotonía eterna. Olvidó asistir a la fiesta de Diana, la secuencia de su vida lo arrastraba sin clemencia, a un ritmo muy diferente del la ciudad. La última semana de octubre viajaba de su escuela al pueblo, durmió algunos minutos y cuando despertó pudo ver que las personas llevaban grandes racimos de flores, crisantemos blancos y sempasúchil. Al bajar del microbús vio a una mariposa monarca cruzar frente a él, recordó que se acercaba la celebración del día de muertos. El dolor en la boca de su estomago era insoportable, tenía una sensación de acidez y nauseas, recordó que habían pasado más de dos meses desde la última vez que visitó a su abuela. Venciendo el sueño se encaminó a ver a la abuela Lencha.

VI

Ella barría con un pequeño manojito de ramas una parte de su cocina, a un lado estaban varios manojos de flores y platos de barro, inundaba la cocina el aroma de las calabazas que se cocían en el fuego. Mario se acercó apenado y saludó a su abuela quien parecía tranquila y paciente.

—Me llamó Virginia para preguntar como estabas.

—¿Y qué le dijo?

—Pues la verdad. Que te estas adaptando, viste que no es fácil la cosa.

—Lo mismo decía mi mamá. Ya sabía que iba a estar complicado pero en el momento uno se olvida y casi se olvida de todo. Quería pedirle disculpas por no venir.

—Yo te entiendo, confío en que no te vas a olvidar de lo importante. No te fui a ver por lo mismo, tenías que pasar por eso, la vida no es fácil, es bien importante que aprendas a hacer las cosas tú solo. Tuviste mucha fuerza para llegar pero también necesitas tu tiempo para ver lo que tienes dentro de ti. Me da gusto que des una vuelta por acá. ¿Quieres comer algo?

—No tengo hambre, muchas gracias. A lo que vengo es a otra cosa, es importante creo yo, vengo a que me haga una limpia, ha y también por algo para la panza. ¿No sé si se pueda?

Solemne su abuela preparó los materiales, tardó un poco más de lo acostumbrado permitiendo que Mario pudiera aclarar su mente, ella notó el semblante desgastado y cansado, bastante diferente de la última vez que lo vio. Pidió a Mario que mantuviera los ojos abiertos durante el ritual, después de leer las formas en el vaso de cristal, se paró frente a él mirándole.

—Estas aquí, no intentes ir a otro lado, tú eres pasado, presente y futuro. La familia que ya no está sigue viviendo en ti. Los arboles y la tierra viven en ti, la ciudad, sus autos y su locura también vive en ti. No los rechaces, no te rechaces a ti mismo. Tu sangre es la sangre de un pueblo entero que son tu fuerza y tu ánimo. Tienes que volver a soñar.

Las lagrimas de Mario fluyeron por su rostro, cuando el humo del copal lo rodeaba sentía de nuevo su propio cuerpo y su propia vida. Emocionado abrazó a su abuela sintiéndose más liviano. Ayudo a montar la ofrenda para los difuntos. Pusieron una cama de flores y ramas, sobre ella platos de barro con fruta, agua, sal, calabazas hervidas, también un par de botellas de cerveza y jarros de barro con pulque. En el fondo habían fotografías del abuelo de Mario y otros de sus familiares, se alegró al ver una imagen de su padre cuando tenía casi su misma edad, el rostro grueso era muy parecido, sus ojos pequeños sobre los pómulos marcados transmitían una cierta mezcla

de alegría y madurez. Mario se despidió de su abuela llevando consigo plantas medicinales para cuidar de su estomago. Esa noche volvió a sentir deseos de comer y preparó las recomendaciones de su abuela.

El día tres de noviembre retiró la pequeña ofrenda que había colocado frente al taller, sobre una cama de flores silvestres había colocado algunas frutas, cerveza, tabaco y la guitarra en ofrenda a su padre. Contempló durante unas horas a las mariposas monarca que volaban frente a su ventana, recordaba el significado de éstas y su relación con el retorno simbólico de los difuntos durante esa época del año. La importancia que tenía ofrecerles un poco de su comida favorita a los difuntos para que se alimentaran tras el largo viaje. Por la ventana también contempló el paso despistado de Diana que llegó a visitarle.

—Andaba por acá y se me ocurrió pasar a saludar. —La sonrisa de Diana era alargada, su nariz delgada parecía contraerse, dobló ligeramente su cabeza a un costado casi cerrando sus ojos.

—¿Sabías qué siempre dices lo mismo? —Mario contestaba con una sonrisa alargada sin mostrar sus dientes chuecos.

—Mira tú, no me había dado cuenta que siempre decía eso.

—También siempre dices “mira tú”. —Ambos rieron.

—Bueno, pasé a ver si seguías vivo, quedaste en ir a la fiesta de la escuela y no llegaste. Ya pasó más de un mes. ¿Fuiste a ver a doña Lencha?

—Perdón mamá. —Mario reía animado. —Fui a ver a la abuela para que me diera algo para la panza, ya me dolía un chingo.

—Seguro es gastritis wey. ¿Estás comiendo bien?, ¿sabías que si no comes te mueres?

—Ah chinga, no sabía eso.

—Vamos a preparar algo de comer, traje huevos.

Mario pensaba hacer algo práctico, ella sugirió huevo con tortilla. En un plato vació algunos huevos para batirlos, a Mario le resultaba extraño, él acostumbraba a batirlos dentro del sartén. Diana sacaba con sus dedos delgados un trozo de cáscara.

—Déjala, es calcio. —Mario cortaba sobre una tabla de madera las tortillas.

—No creo que sea muy comestible, es como si le pusiéramos un diente. Te lo puedes comer pero no creo que el cuerpo lo pueda absorber.

—Ah, chale. —Mario recordó el humor de Fabiola, su rostro se opacó con un suspiro de desánimo.

—¿Qué pasó?

Decidió contarle sobre las causas que lo llevaron a vivir al pueblo. Ella escuchaba atenta, mirándolo a los ojos parecía entender con empatía. Él se veía animado, conversaron durante varias horas hasta que la noche los cubrió con su manto.

—¿No estás cansado?

—No. ¿Ya te quieres ir?, ¿qué hora es?

—Son como las once creo yo. —Diana miró la hora en su celular. —Son las doce y media. Ya es bastante tarde.

—Sí, ya es tarde. Si quieres te llevo, ya después regreso y me duermo un rato.

—Me puedo ir caminando, no te apures.

—Estoy bien, y si no, te doy las llaves de la camioneta. ¿Sabes manejar?

—Hasta la pregunta ofende. Acá en el pueblo se aprende a manejar antes que a besar.

Subieron a la camioneta y esta no arrancó.

—Ah, chale, me lleva la chingada. —Dijo Mario apoyando su frente en el volante.

—Tranquilo, seguro se le bajó la batería. Me voy caminando, no pasa nada.

—Simón, el problema no es ese, pinche vida culera, ve nada más, nada me sale bien.

—¿Por qué dices eso?, yo creo que la vida no es toda felicidad, pero tu eres bastante alegre a pesar de todo. Viviste y trabajaste en la ciudad, saliste a delante y nunca te has rendido. Pocos de tus compañeros entraron a la universidad, deberías de sentirte afortunado.

—No soy ni de aquí ni de aya. A veces parece que no puedo con esto, algo de mi hace que no de la talla para los problemas.

—La vida es culera ya lo sé, pero te has puesto metas y las lograste. Puede que necesites más metas, ordenarte para hacer las cosas bien. Te falta mirarte un poco, ya lograste mucho. Tienes mucha creatividad que te debe de estar pidiendo a gritos salir y no la dejas.

—La abuela me dijo algo parecido, pero no sé, la guitarra ya no me hace sentir lo de antes, me siento vacío. Los problemas son muchos y hace falta tanto en esta vida que uno no sabe que hacer.

—Dime que quieres hacer y yo te ayudo. —Diana lo miró guardar silencio y titubear un poco antes de hablar.

—Me gustaría danzar, que salga de nuevo la danza de los macheteros.

—Pues yo te consigo a quien toque y buscamos a ver quien quiere participar. En la escuela seguro van a haber varias niñas y niños que quieran danzar, yo también me apunto.

Mario levantó su cabeza del volante dejando ver sus ojos brillantes, y Diana lo abrazó. La noche clara bañaba la tierra mazahua con la luz de las estrellas, esa noche fue eterna e intensa. Entre caricias y besos resurgió el tiempo construyendo futuro. Con los primeros rayos del sol Diana salía por la puerta, Mario despertó y aún somnoliento la vio despedirse formando con su mano el símbolo de amor y paz. Parecía sentirse motivado, buscó su guitarra y se puso a tocar.

Algunas semanas tardó en acostumbrarse a una dinámica diurna, su deseo de bailar se cumplía y él debía ensayar por las tardes. Diana visitó a un par de señores que tiempo a tras tocaban la flauta y el tamborcillo, ellos por iniciativa propia intentaban reorganizar un grupo con algunas de sus sobrinas. También varios alumnos de Diana se sumaron al grupo que llamaron *Ro Kjinchi* (los sueños). Las primeras reuniones del grupo fueron alentadoras para todos, se propusieron bailar en las fiestas de diciembre, pero no habían logrado conseguir a un maestro que recordara los pasos de la danza. Buscando videos en youtube se enteraron de los lugares donde se mantenía viva la tradición. Guiados por los videos, los miembros de *Ro Kjinchi* comenzaron a practicar y a confeccionar sus vestimentas. Diana y Mario viajaron a una comunidad no muy lejana, así fue como encontraron a alguien con experiencia que se comprometió en apoyar al grupo.

Diana decidió no participar, le resultaba importante documentar la reaparición de la danza en el pueblo, había realizado entrevistas a los integrantes y compartía de cerca la experiencia con Mario. El rostro de él era más radiante, pero en su mirada podía contemplarse algo de nostalgia y dolor. La relación con Diana era discreta, la diferencia de edad era un leve motivo para incrementar los rumores en el pueblo, ellos entendían la dinámica sabiendo que con el tiempo las personas los aceptarían.

En el grupo la comunicación era divertida y en mazahua, Mario comenzó a entender un poco más así pudo conversar durante más tiempo con su abuela. Virginia solía llamarle los fines de semana, ella se animaba al escuchar a su hijo, durante ese tiempo se acostumbró a vivir lejos de él y trazarse sus propias metas, comenzó a estudiar la preparatoria. Algunos días antes de que acabara noviembre, Mario escuchó el timbrar de su celular, algo desorientado buscó hasta encontrarlo debajo de su cama.

—¿Que onda Mario?, creí que no querías contestar.

—No mames, no encontraba el pinche celular. ¿Cómo te va Clarita?

—Acá relax. ¿Y a ti qué pedo?

—Pues chingón, chingón.

—Tú dime si se puede, estoy pensando en ir a visitarte en unos días.

—Que chido, cámaras cuando gustes.

—Igual y voy el sábado.

—¿Que día cae?

—Primero, creo yo, ¿por?

—Chanse y te quedas hasta el doce que es la fiesta.

—Simón, estaría chido. Oye wey, ¿qué crees?, voy a ir con alguien que quiere verte.

El primer sábado de diciembre, Mario parecía más feliz que ansioso, la visita de Clara y su acompañante no era algo tan extraordinario pero compensaban el esfuerzo de su último año. Sentado en la camioneta miraba la parada del autobús desde hacía varios minutos. Algo desorientados bajaron del autobús Clara y Juancho. Mario sonrió y puso la camioneta en marcha.

—¿Qué pedo?, súbanse.

—Orale wey. —Clara golpeo ligeramente con su codo a Juancho y señaló con la cabeza.

—No mames pinche Mario. —Juancho usaba una bufanda larga y más de dos suéteres encima, de su espalda colgaba una casa de campaña bastante grande junto a su vieja y maltrecha mochila. Habían pasado años desde la última vez que Mario lo había visto con el cabello corto, eso le hacía pensar en que también habían pasado años desde la última vez que lo vio.

—Pensé que llegarías con muletas, te cortaste el pelo wey, seguro se está volviendo fifi.

—Pinche culero, sigo siendo barrio. Me da gusto verte. —
Juancho reía, subieron a la camioneta y Mario la puso en marcha.

Hablaron hasta entrada la noche. Juancho explicó que la recuperación fue lenta y dolorosa, tuvo suerte al sanar, pero no recuperó completamente la movilidad de su mano. En los momentos más difíciles de su recuperación alejó a Mario porque no podía dejar que su estado se transmitiera a su amigo. Cuando se enteró que Mario se iría de la ciudad sintió tristeza pero se resignó deseándole lo mejor. Aprovechó para estudiar, el próximo año concluiría su preparatoria, pensaba ya en el examen de admisión a la carrera. Clara por su parte logró un lugar en la universidad, su meta de estudiar para lograr independencia de sus padres se cumplía con pasos lentos pero seguros.

Conocieron a Diana durante los ensayos del grupo. También conocieron a Rodolfo y a Sabina. Acompañaron a Mario durante los dos días de víspera y las noches de baile. En un principio a Juancho le resultó extraño el compromiso de Mario con una fiesta religiosa, nunca lo había visto entrar a una iglesia o si quiera encomendarse a Dios. Después comprendió que el compromiso de su amigo como el de muchos otros jóvenes residía en su identidad, admiró la fuerza de

la tradición que perduraba durante siglos haciendo escuchar las palabras de los que fueron callados por las espadas. El día de la fiesta Mario danzaba con su grupo. Diana, Juancho y Clara lo contemplaban con entusiasmo.

Desde su cámara Diana captaba al grupo Xo ra Kjanu, Mario uno de los más grandes marchaba al frente con una bandera. Formaban dos columnas opuestas distinguiéndose una por coronas de metal y otra por máscaras de plástico. Representando la lucha entre lo sagrado y lo profano; sus vestimentas eran capas largas, adornadas algunas con flores y de colores lizos otras. Las mujeres usaban pantalón blanco y los hombres un chincuete o faldilla corta en colores que combinaban con sus capas. La danza era un combate con machetes creando sonidos metálicos que se mezclaban con el compás sonoro del flautín y el redoble de un tamborcillo, un sonido bélico que marcaba los pasos. El movimiento de los pies recordaba a Mario la forma de bailar el rock urbano, lanzando las puntas al frente al ritmo de la música. Gritos retadores acompañaban el combate, la danza finalizó escenificando el triunfo del bien tras una afrenta donde por un momento las fuerzas del mal estuvieron a punto de vencer.

Durante casi dos semanas Juancho había insistido en acampar sobre la cima de la montaña. Mario se había opuesto por considerar el viento y el frío en esa época del año. Clara le convenció diciendo que

no soportaría a Juancho quejarse de regreso a la ciudad por no haber cumplido su capricho. Decidieron acampar la última noche, ya en la montaña estaban sentados frente a una fogata. Tenían de frente el despeñadero, sus ojos segados por la luz del fuego no podían verlo, pero ellos sabían que estaba ahí. El sonido del viento daba una sensación de misterio a la conversación.

—¿Qué onda?, vamos a escuchar como toca el Mario, traete tu guitarra carnalito. —Dijo Juancho.

—Sí, que toque, sino va a estar medio aburrido. —Dijo Clara frotando sus manos.

—Traete la guitarra Mario, tú cantas y que tu amigo cante. — Diana apoyaba su mejilla en la barbilla de Mario, y le daba golpecitos con su codo. Juancho asentía sonriendo.

—Me habrán roto la mano pero no me pudieron callar.

—Simón carnal, vamos a recetar unas rolitas bien chingonas.

—Dilo en Mazahua we. —Dijo Juancho.

—*Ra tonjigome yo kjinchi ra Jyasu* (Cantaremos sueños hasta el nuevo amanecer.)

FIN

26 de Septiembre de 2018

Texto original de:
Julio Ndreje Garduño García
Diseño y portada:
@franciscojyaru
Montevideo-Uruguay
Toluca-México
Octubre, 2018.

Difunde pero cita, publicación
bajo licencia no comercial
Creative Commons:

`
Ra-Jyasu by <a xmlns:cc="http://creativecommons.org/ns#" href="https://accounts.google.com/ServiceLogin/signinchooser?service=wise&passive=1209600&continue=https%3A%2F%2Fdrive.google.com%2Ffile%2Fd%2F1Dp-tUAMcL1a2_OL5J5ys2cC85Eq1oURJ%2Fview%3Fusp%3Ddrivesdk%26fbclid%3D1wAR3yvVaE2E_PjP4M8NbmXydaSWEv85HqQUIPTZYEfN4fVQRO5EzenHcsNGA&followup=https%3A%2F%2Fdrive.google.com%2Ffile%2Fd%2F1Dp-tUAMcL1a2_OL5J5ys2cC85Eq1oURJ%2Fview%3Fusp%3Ddrivesdk%26fbclid%3D1wAR3yvVaE2E_PjP4M8NbmXydaSWEv85HqQUIPTZYEfN4fVQRO5EzenHcsNGA&flowName=GifWebSignIn&flowEntry=ServiceLogin" rel="dct:source">https://accounts.google.com/ServiceLogin/signinchooser?service=wise&passive=1209600&continue=https%3A%2F%2Fdrive.google.com%2Ffile%2Fd%2F1Dp-tUAMcL1a2_OL5J5ys2cC85Eq1oURJ%2Fview%3Fusp%3Ddrivesdk%26fbclid%3D1wAR3yvVaE2E_PjP4M8NbmXydaSWEv85HqQUIPTZYEfN4fVQRO5EzenHcsNGA&followup=https%3A%2F%2Fdrive.google.com%2Ffile%2Fd%2F1Dp-tUAMcL1a2_OL5J5ys2cC85Eq1oURJ%2Fview%3Fusp%3Ddrivesdk%26fbclid%3D1wAR3yvVaE2E_PjP4M8NbmXydaSWEv85HqQUIPTZYEfN4fVQRO5EzenHcsNGA&flowName=GifWebSignIn&flowEntry=ServiceLogin`



www.gosivi.wordpress.com

Ra Jyasu relata la historia de Mario, indígena *Mazahua* quien desde sus sueños construye posibilidades de futuro. En ruptura con el esencialismo, él personaje es un reflejo de sus contemporáneos, la juventud indígena del México de hoy, que enfrenta múltiples opresiones al rededor de los procesos migratorios. Julio Ndareje nos situá en ese contexto migratorio y sus tensiones en intersección con las luchas de la juventud indígena por el rescate de su cultura, que adhiere al fortalecimiento de su identidad una connotación utópica.

Por ediciones *Gosivi*

Francisco

EDICIONES
GOSIVI